

F1231

.5

p38



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CAPITULO PRIMERO.

EL CURITA.

— Buenas tardes, Marcela.

— Pase vd., señor cura, ya lo conocí en la voz.

— ¿No habrá por ahí quien me tenga la bestia?

— Juan, Juanito, gritó Marcela con todos sus pulmones, saliendo á la puerta del jacal; ven, hombre, ven corriendo.

— Ya voy.

— Coge la mula del señor cura y amárrala allí, en la sombra.

La casucha tenia al frente del camino una especie de cobertizo formado de carrizos y zacate, sostenido por cuatro robustas vigas de pino, y allí fué donde Marcela dijo que se amarrara la mula, al lado de un caballo en malas carnes que estaba comiendo una poca de yerba recién cortada.

Juan, que era un muchachillo de diez á doce años, llegó en efecto corriendo, besó la mano al señor cura y en seguida echó un lazo al cuello de la mula, amarrándola con agilidad en el extremo opuesto á aquel que ocupaba el caballo. Marcela dijo:

—Pase, señor cura, pase acá adentro.

—¿No está Francisco en casa?

—Se fué desde temprano por leña y no ha vuelto.

—Ojalá y no tarde.

—Vd., señor cura, tiene trazas de no haber comido.

—Si he decirte la verdad, Marcela, ni siquiera me he desayunado mas que una gorda que traía en las cantinas con un trago de aguardiente, y eso ántes de las seis de la mañana.

—Ahora serán ya las doce, ¿verdad?

—No, hija mía, son las tres de la tarde.

—¡Jesús! y este Francisco que no llega.

—Ya llegará, ya llegará.

—Pues aunque él tarde, vd. señor cura, tendrá á bien comerse un taquito.

—Tengo hambre, te lo confieso, Marcela, pero no comeré nada sino hasta que venga Francisco.

—¡Qué capaz que lo espere!

—Como te lo digo.

—No, no.

—Vamos, si no ha de tardar.

—Hasta puede su merced enfermarse.

—Estoy acostumbrado á todo.

—Siquiera un taco....

El cura creyó oír de otra manera y exclamó jovialmente:

—Un trago sí te lo acepto, Marcela, con mucho gusto.

Como aquella casucha era una especie de venta en donde se surtian los caminantes de vino, de tortas y algunas veces de plátanos, jícamas, y otras frutas, siempre había dos ó tres botellas disponibles, así es que Marcela que oyó bien lo del trago, sacó luego una de aquellas y sirvió vino al señor cura en uno de los vasitos de vidrio que servían de medida.

El cura se lo echó á pechos de un sorbo, y despues de limpiarse los labios con un pañuelo de grandes cuadros y de exclamar varias veces ¡Ah jál! Esto es bueno! asomó la cabeza á la puerta del jacal con signos de persona impaciente, y despues de estar mirando con la mano estendida sobre los ojos en forma de viscera, dijo con alegría pasado un momento:

—Aquel si me parece que es Francisco.

Marcela sacó también la cabeza, y no bien dirigió la vista por donde le dijo el cura, cuando exclamó con seguridad:

—El es!

Francisco llegó en efecto, cargando alguna leña con el hacha encima del tercio, la tiró en el ripcon del jacal, y luego vino y besó la mano al señor cura con todo respeto.

—A tí sólo esperábamos para comer, Francisco.

—No le has dado un bocado al señor cura?

—No ha querido por más luchas que ha hecho.

—Entonces el señor cura no sabe que está en su casa, que aquí él es el que manda.

—Precisamente por eso mandé que no se me diera nada de comer hasta que tú vinieras.

—Por política.

—No, hombre, no; sino porque quiero que comamos los dos muy pronto para que me acompañes al curato.

—¿Se lleva su mercé á Francisco? preguntó Marcela puesta de rodillas delante de su metate, á la vez que con las manos hacia de un pedazo de masa una fina tortilla, redondeándola y adelgazándola con palmadas.

—Me lo llevo y quien sabe si por varios días.

—Lo que el señor cura mande eso se hace, dijo Francisco, á la vez que ponía delante del banquillo en donde estaba sentado el sacerdote una mesa desvencijada.

Encima de ella estendió una servilleta de manta no muy limpia y sobre la servilleta lá sal en un pozuela roto, el chile molido formando una salsa picantísimo en una taza azul muy grande, mientras que Marcela servía el plato de huevos fritos en manteca y una cazuela de frijoles muy apetitosos.

—¿Y qué dicen por Valladolid? preguntó Francisco que se encontraba de pié enfrente del asiento bajito que ocupaba el señor cura.

—Han pasado por allí grandes cosas. Acaba de salir el generalísimo Hidalgo con un numeroso ejército sobre México.

Marcela dejó de tortear para oír mejor y Francisco acercó el tercio de leña y se sentó en él cerca del señor cura.

—¿Dizque el señor Hidalgo lleva mucha gente?...

—Muchísima..... es un ejército por cierto bien numeroso, aunque no muy bien armado. Es una lástima que no tenga armas y que todavía no sepa manejar bien las pocas que lleva. Ahora que ya hay algunos cañones sobre todo.....

—¿Tienen también cañones? exclamó Francisco abriendo tantos ojos.

—Y muy grandes y muy buenos. Con solo seis de ellos bien manejados, habria para destruir una armada.

—¿Y quienes andan con el señor cura Hidalgo?

—Pues otros muchos curas y militares que no conozco: de Guanajuato y San Miguel se le unió mucha gente y lo mismo de Valladolid se le unieron los antiguos oficiales de los regimientos y algunos sacerdotes. La gente lleva mucho entusiasmo, pero los realistas están muy preparados y quien sabe en el primer encuentro cómo les vaya á los nuestros.

—De buena gana quisiera yo.....

—¿Qué, hijo mio?

—Estar con el señor cura Hidalgo..... se me figura que yo no les habia de tener miedo á los realistas.

—Son hombres como nosotros, lo que sucede es que tienen mejores armas y mejor organización militar que nuestros indios.

—Y su merecé no piensa meterse á la bola? preguntó de repente Marcela al sacerdote.

Este se estremeció con aquella pregunta y se apresuró á contestar.

—Quien sabe, Marcela, quien sabe! Dios dirá mas adelante.

Con esta y otras pláticas terminó la frugal comida, que al buen cura le pareció deliciosa, y luego que le dieron agua para enjuagarse la boca y un puro recordado de los del Estanco que eran los únicos que se conocían, dijo á Francisco:

—Anda, ensilla tu caballo para que me acompañes.

Ya hemos dicho que quien estaba en compañía de Francisco y Marcela en aquel jacal, era nada menos que el curita de la mula, el que mas tarde sería distinguido con el nombre del ilustre capitán de la época.

El cura estaba vestido modestamente de negro, como se vestían todos los curas, llevando además atado á la cabeza un pañuelo de cuadro, costumbre que habia adquirido cuando era campesino, y que servía para no resfriarse cuando á consecuencia de las faenas estuviera sudando.

El cura Morelos, después de haber presenciado la revista que Hidalgo habia pasado á sus tropas en marcha sobre México, habia descendido de la colina y se habia puesto á caminar á todo el paso de su mula que siempre andaba dos leguas por hora. Pensaba poder llegar á comer á su curato de Carácuaro, pero

ya fuera porque se le habia hecho tarde, ó ya porque habia concebido algun proyecto respecto de Francisco, lo cierto es que se detuvo lleno de apetito en aquella especie de pobre posada que nunca dejaba de visitar tanto á sus idas como á sus regresos por aquel rumbo.

Eran ya cosa de las cinco de la tarde, de manera que el sol iba declinando, y haciéndose ménos sensible el calor con que dos horas antes estaba vaporizando la tierra. Francisco habia quitado la silla de la mula, dejándola un momento libre para que se revolcara y luego habia vuelto á ensillarla y á atarla en una de las vigas del cobertizo. Ayudado de Juanito su hijo, habia ensillado tambien su caballo con una silla de muy mala muerte que era todo lo que tenia, y Marcela habia salido de la cocina á ver aquella operacion dejando al cura que rezara allá un poco retirado, bajo la sombra de un árbol á donde se habia ido hablando en latín, lo que llamaban los curas el oficio divino.

El cura Morelos, á pesar de su celo patriótico y de las grandes aspiraciones que dominaban su espíritu, era tan devoto y tan preocupado de las oraciones como todos los demas de la clerecía. El fanatismo habia echado raíces muy profundas en todas las gentes y especialmente en las de Iglesia, para que pudiera ser desarraigado por el patriotismo y los vagidos de aquella libertad que solo se conocía de nombre.

El cura Morelos, pues, rezaba de pié y recargado

á un árbol que le daba su sombra, Francisco arreglaba las cabalgaduras y decía una que otra chanza á su mujer, Juanito traía y llevaba lo que era necesario, y Marcela, por vía de descanso, asomada á la puerta del jacal, veía de hito en hito á Francisco y reía de sus gracejadas. El humo de la cocina ya no era tan denso porque se habían apagado algunos tizones, y el perro, el guardian de la casa, por cierto animal muy flaco, buscaba en los rincones algunos restos de gordas de maíz, ó de cualquiera otra cosa de lo que acababa de comerse. El infeliz perro estaba tan hambriado que parecía tener ímpetus de quererse comer la leña.

Por lo demas, solo al señor cura no le era hostil el perro, pues que á todos los otros les ladraba muchísimo y á algunos hasta se les abalanzaba. Tambien es cierto que se llamaba Mordelon.

El cura Morelos desde el sitio que ocupaba debajo del árbol, con su breviario en la mano, echó un vistazo hácia la humilde casita, notó que ya Francisco había concluido de ensillar los caballos, y persignándose tres veces cerró el libro y se encaminó hácia allá paso á paso siempre murmurando latines. Juanito le salió al encuentro y le besó la mano, mientras que Francisco con el sombrero quitado le decía:

—Aquí están ya las bestias ensilladas, señor cura.
—Pues vámonos que es tarde.

Y despidiéndose antes de Marcela que se quedó sin cuidado de pié en el umbral de la pobre cabaña, montaron el señor cura en su mula parda y Francis-

co en su flaco caballo tomando el camino del curato. Habían recorrido casi una media legua sin hablar palabra, cuando el cura volvió la cara y dijo:

—Acéreate, Francisco.

—Mande mi amo, dijo aquel luego que hubo espoleado bien su caballo, logrando con muchos esfuerzos emparejarse á la mula:

—Voy á decirte una cosa muy grave, hijo mio.

Francisco abrió tamaños ojos y se quedó viendo al cura. Este, sin mas preámbulos concluyó así su frase:

—Voy á meterme en la revolucion.

El buen leñador lejos de asustarse con aquellas espresiones, dejó brillar en sus ojos una chispa de inteligencia y no pudo menos que decir estas palabras que espresaban bien su aprobacion:

—Bueno, bueno.

—Quiere decir que tú, á pesar de tener tu mujer y tu hijo, ¿te resolverias á acompañarme?

—Si el señor cura se hubiera ido sin avisarme, me hubiera afligido mucho y luego me hubiera ido á seguirlo.

—Pues te diré que el escrúpulo que tengo para llevarte es que tú eres el único hombre de la familia.

—Juanito trabaja ya y Marcela es muy mujer de su casa.

—Si es como lo dices, vamos adelante.

—A la hora que lo mande el señor cura.

—Solo que no tenemos armas, ni hombres.

—Hay palos y piedras en el monte, señor cura,

y hombres que sigan á su mercé sobrarán en el curato y en todos los alrededores.

—Sí, ya había pensado en esa clase de hombres y en esa clase de armas; pero yo no quiero ir á darles fáciles victorias á los realistas, como probablemente adquirirán con el ejército que lleva Hidalgo. Yo lo que deseo es tener poca gente, pero que esté bien armada y las armas buenas son las que no sé si podré encontrar.

—Por aquí en estas rancherías hay muy buenos honderos, muy buenos flecheros y muy buenos macheteros, dijo Francisco con entusiasmo queriendo dar ánimo al cura.

—Los conozco bien, Francisco, y de los últimos pienso aprovechar los mejores, si me dan tiempo.

Francisco guardó silencio.

—Porque has de saber, que mi curato tiene la puntería de los realistas y que el alcalde y el gefe de los cantones, que son españoles, lo mismo que otras autoridades de Carácuaro y los vecinos se opusieron á mi ida á Valladolid porque estaba allí el cura Hidalgo que fué mi maestro, contando por seguro, que me comprometería á entrar en la revolucion. Yo, á pesar de ellos, me salí casi á escondidas y es probable que ahora me estén esperando con alguna zozobra, ó quien sabe si mas bien con el plan de aprehenderme declarándome luego revolucionario; el caso es que tengo la seguridad de que van á obligarme á empuñar las armas mas pronto de lo que yo quisiera.

—Si gusta su mercé no entre al pueblo y yo iré á

correr las diligencias que me mande. Por supuesto que Francisco dijo *diligencias*.

—No, yo voy á entrar y tú vas á volverte, exclamó Morelos tomando una resolucion súbita.

—Cómo! exclamo Francisco que nada entendia.

—¿Tienes algunos amigos fieles en el monte donde haces leña?

—Muchos.

—¿Capaces de guardar un secreto?

—Sí.

—Pues sin decir nada á Marcela de lo que hemos platicado y de lo que voy á encargarte, vuelves á tu casa, te vas mañana al monte, y ayudado de la gente que necesites me cortas 25 palos fuertes, que puedan servir de lanzas, procurando que se concluyan mañana. ¿Estamos?

—Sí, señor cura.

—Luego te los traes ayudado de la gente y los metes por la noche al curato en donde estará ya el herrero listo para poner los fierros.

—¿Entonces mañana mismo quiere tener el señor cura las veinticinco latas en el curato?

—Si es posible, sí.

—Pues se las prometo.

—En ese caso vuélvete ya y déjame entrar solo á Carácuaro: de esa manera no despertaremos sospechas en los gachupines.

Ambos se despidieron y siguieron en opuesta direccion para sus destinos.

Al anochecer casi entró el cura Morelos á su pue-

blo, saludando al paso á los vecinos que estaban reunidos en la tienda de la esquina de la plaza.

—Que ganas me dan de aprehender á ese curita, dijo el alcalde.

—Por qué? le preguntó el colector.

—Porque se me figura que ha de traer encima algunos papeles y porque yo le veo toda la facha de un insurgente.

Todos los que estaban allí se rieron celebrando el chiste.

—Ahora ya se me escapó de las manos, dijo despues el alcalde, pero desde mañana no le quitaré la vista de encima.

Morelos luego que llegó alzó sus papeles debajo de un ladrillo y al acostarse exclamó:

—Vamos ahora descansando, que desde mañana comenzarán para mí las fatigas.

CAPITULO SEGUNDO.

EN CAMPAÑA

El cura D. José Maria Morelos y Pavon vivia muy pobremente en su curato, no acompañándole en él mas que su hermana Mónica, un muchacho que hacía los mandados y un mozo de unos treinta años, que tan bien sabia ayudar la misa como ensillar la mula y echar, en caso ofrecido, un machetazo. Este se llamaba Nicolás y familiarmente Colás.

Por la mañana se llamó la misa á las cuatro, se dijo á las cinco y á las seis entró el cura al pequeño cuarto que le servia de comedor á tomar su frugal desayuno.

—Ven acá, Mónica, tengo que hablarte.

—Mándame, hermano, dijo ella sentándose á la mesa obedientemente.

—Sin más preámbulos te confieso, agregó el cura, que mañana ó á más tardar pasado mañana, salgo